

El Independiente

SEMENARIO BLOQUISTA

AÑO III

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DEL ARENAL, NÚM. 6

NÚM. 90

Del ambiente frívolo.

MELANCOLIA Y RISA

Después que salió del Sagrado Corazón, iniciada en el francés y en el italiano, dióse á la vida del silencio. En el jardín siempre triste de su casa musgosa, sombría y decadente, pasaba las tardes de cielo sereno y tranquilo; esas tardes provincianas, que discurren lánguidas, somnolientas y calladas, sin ruido en las calles, pasadas de hora en hora por el trabajo de alguno de esos clérigos bien vestidos, que pasean al sol sus alzaparques morados y su vida de pereza, por el grito agudo de un vendedor ambulante ó por el son doliente de una campana, que al anunciar el desfile de una procesión fúnebre—sobrepuestas blancas, capotes negros, notas fagot, salmodias graves—trae el recuerdo á los buenos y timoratos venidos, de la desconsoladora y rotundifrase de los Cartujos.

Benévola y vaga era la vida de María Teresa. Misa de diez, lectura breve del Año Cristiano, y á esperar el Angelus del mediodía, mirando para el canario, fijo siempre en un palito largo del centro de la jaula, canario que jamás se dignó dar sensación de una orgía de trinos. Por la tarde, ya en el jardín, ya en la veranda tras de las vidrieras, amparada por los ojos ajenos por unos visillos pretos y serios, se dedicaba á alguna ligera, frívola labor, tal como bordar pañuelos de mano, reluciente para felicitar los días á sus familiares, ó á la confección de alguna amilla de altar para estrenarla el día del Corpus. Y después, cuando se acababa, á devorar á Becquer, á quien había de memoria, ó á leer novelas pasadas de luz mate, de luz enferma, de dolor, sin vida en sus páginas reales, cuya lectura deja en el espíritu un suave deseo de reposo, un ansia de quietud en un reposante aldeano, silente y sosegado...

Algunas veces la mano exangüe de María Teresa caía desfallecida en el teclado del viejo piano—del mismo en el que su abuela arrancó pavanas y gaitas y ejecutaba un nocturno de Chopin.

Las notas sentimentales, melancólicas que acoplaban con los retratos de los nobles abuelos de sus abuelos, con las sombras vespertinas resonadas en la sala señorial, con el murmurar ébano del entarimado, exhalaban como en ensueño místico á María Teresa, que inconscientemente iba acelerando su paso por la vida por esta vida que miraban indistintos sus ojos sin brillo desde el jardín triste de su casa musgosa, sombría y decadente...

Una tarde octubrina cuando resonaba por el pueblo un ataudado con coronas blancas, con coronas doradas en la cabecera, decían las mozas, las ancianas, las señoras:

—Murió como un pájaro.

II

No era loca, era alegre, nada que alegre; pero la brutalidad que todo lo mixtifica y convierte que no transige fuera de lo normal y rutinario, se empeñó en ser una loca, y no lo era, no lo era que fuese una recogida torre de marfil, una ensimismada estúpida, inexpresiva, sin deseo de su alegría por esta mortalidad recta, que lleva al peregrino fin de los fines?

—Estaban equivocados, comentaban equivocados. Y con su

risa, franca y fresca, lo decía en todas partes. No estaba ella dispuesta á ser en sus actos una mogigata, una cursi, una ramplona, y en una mañana de mucho sol, de mucha bullanga de gorriones, de mucho perfume campestre, declaróse en guerra contra lo arcáico, y lanzó su hermoso grito de combate.

—¡Fuera los lugares comunes!

Y los lugares comunes eran para Ana María, la vida de fiebre espiritual, la lectura plagada de ¡Ohss!, ¡Ahss!, la costura, la merienda en casa de sus excondiscípulas de colegio.

Inquieta fué la vida de Ana María, pero en aquella inquietud encontraba su placer y gozo: mariposeó en los paseos, atormentó con las sedas de sus vestidos vaporosos y sensuales á los pollos elegantes, y trajo en continuo jaque á un gallardo jinete que hacía lo indecible con su bravo caballo ante el mirador de Ana María.

Y Ana María ponía su comentario á los paseos del jinete, con una estruendosa, agradable risa, que semejava el simpático caer del agua, después de elevarse ondulante, en el tazón de un surtidor de parque versalles...

Un día, un iniciado en las conquistas del amor, regalóle unas flores, y ella, á presencia del galante enamorado las deshojó, arrojándolas á un organillero que á diario iba á darle su concierto de música saltarina, juguetona, netamente nacional, y el organillero sonrió de gusto y ella rió de placer, porque su lema era reir siempre, siempre y sobre todo cuando el engaño prendía en un corazón mozo.

Nadie supo cómo fué. Una mañana halláronla exánime en su cama, refinadamente hecha. El misterio, admirable pabellón de alcahuetería, cubrió el extraño suceso. Sólo pudo saberse que Ana María el día de su muerte, estaba indumentada con un lindo traje de Mimí, y su provocativo rostro cubierto por un medio antifaz, rojo, como lo había sido su risa insinuante y magnética.

Bella mortaja para la alegre y bulliciosa señorita de pié breve, de manos cariñosas, de cabellera imponderable como la de la bíblica perversa redimida...

Años después, apareció en su tumba este epitafio: «Falleció al retirarse de un baile de máscaras, de una borrachera de risa y de champaña».

Tampoco el misterio dejó saber quien fuera el redactor del epitafio.

MANUEL VEGA

AMOROSA

A la distinguida Srta. E. M.

Yo quisiera escribir unos versos que llegasen al fondo del alma, y que te hicieran sentir el poema que yo siento, cuando tu mirada se extiende por la mar bella y bravía contemplando su fiera arrogancia.

Yo quisiera saber lo que entonces sueña, piensa, quiere ó desea tu alma, y sabiendo lo quiere ó desea convertirme en la cosa anhelada; porque entonces al mirarte yo creo ver pasión en tí de enamorada.

Y la duda me asalta; el recelo si por tu frente de divina hada, por tu cerebro puro y virginal hay una imagen que á deshora pasa.

Quisiera saber si encuentran eco los suspiros que mi pecho exhala. Quisiera saber si indiferente tu corazón á mi amor estaba.

JOSÉ MANUEL ALVAREZ

Rasgos de mi pluma

TERPSICORIANA

Un vals voy bailando. Mi cuerpo vuela girando sobre el alfombrado suelo, entre el raso de un bello disfraz.

Alta es la mujer que lo viste; sus brazos desnudos enlazanse amorosos á mi cuerpo mientras que su boca chiquita y rojiza tararea la música que suena en la sala.

Música aloca, rabiosa, es el tal vals. Alocado y rabioso es el gozar de quienes la bailan. Cruzan por los palcos cintas de colores que tiemblan y bailan. Por cima de nosotros flotan aleteos de risas, de risas de amor; visiones de ensueño pueblan nuestros ojos. Mi máscara llenchida de gozo, suspira muy tenue; sus pechos turgentes palpitan querer.

Abrazado á ella no pienso en el mundo; ruín y despreciable existir en él; abrazado vuelvo, asciendo á otro mundo donde las mujeres saben qué es amor, libertad de vida, y donde los hombres hermanados viven faltos de maldad, llenos de esa paz que infiltra el cariño de un vivir igual.

Allá en ese mundo transportado estoy, ¡qué existencia hermosa presencian mis ojos!... Desde las alturas de mi ideal mundo yo quiero gritar: "Hombres de conciencia, pechos cariñosos ¿qué hacéis ahí abajo revueltos en fango de hipócrita vida? ¿Tenéis ideal? Pues dadle la sangre de vuestros amores por su advenimiento; ¿qué hacéis retardando su triunfo llegada?..."

Fantasia divina; borrachera hermosa que haces soñar, á tí te ofrendamos mi máscara y yo, el templo de besos que edifican almas puras y románticas; las risas que brotan de bocas de hembras que bridan amor; el tejido alegre con colores de iris que tiemblan por cima de nuestras cabezas; la música toda que gira en murmullos de mágico són...

Argüelles Moreno.

LA CHISTERA

¡Esta noche!...

Aunque tuviéramos más imaginación que nuestro querido camarada Anselmo; aunque poseyéramos la misma fantasía de Conan Doyle, y tuviera nuestra pluma todas las galanuras quitaesenciadas de Gómez Carrillo, no podríamos trazar un ligero, remoto perjeño de lo que será el baile que esta noche tendrá lugar en el teatro de Jovellanos, cuya sala está ricamente adornada, acusando mano artista quien engalanó el lindo, familiar y coquetonín coliseo.

Pero pelillos y escrípulos á un lado, no nos aventuraremos al afirmar rotundamente que el baile de esta noche será un formidable triunfo para los imponderables jóvenes que forman la elegante «Chistera», triunfo que refrendará al celebrado el lunes, y en el que salieron á relucir lo más variado del género «canariero».

Jóvenes de todos los matices, de todos los gustos, de todas condiciones económicas, acudieron «como un solo hombre» á exhibir relucientes sombreros de copa alta, destacándose el de un popular edil que llevaba un distinguido joven perteneciente á una linajuda familia asturiana.

Triunfó la «chistera» del amigo, cuyo nombre nos reservamos por no interrumpir su idilio amoroso.

Todos ellos han lanzado un vibrante ¡viva la alegría! que hoy repetirán á los compases de la banda del Príncipe, después de haber fortalecido los estómagos en el restaurant, montado por el acreditadísimo é insustituible Setián, y luego de que las bombillas eléctricas dejen de iluminar

espléndidamente a sala del Jovellanos, linda, familiar y coquetona.

La única diferencia que ha de haber en el baile de hoy será, que en lugar de «bimbas», se lucrán sombreros de paja y narices de más ó menos dimensiones.

De muchos sabemos que hoy no se les podrá llamar simpaticos chatos, y no vean en esto nuestros amigos Pedro Pérez y Valdés Prida una alusión embosada.

Habrán también para las bellas grandes sorpresas, consistentes en magníficos y valiosos regalos, procedentes del bazar Piquero, y á la hora del descanso ó cuando la animosa comisión lo crea conveniente se romperá la clásica «Piñata», mientras que la música militar dará fé de vida miliciana con una gallarda y solemne marcha.

¡Al teatro de Jovellanos, ó á la verdadera Piñata! y muchísimo cuidado con las erratas al pronunciar esa última palabra.

Loor, y no Weymouth, á los jóvenes de «La Chistera», sociedad eminentemente juvenil y sanamente alegre, que viene á rezoñar recuerdos de inolvidables «Tes.»

COSIQUINES

—¡Ah, Pepín! ¿Tú viste, mialma? ¿Tú no sabes que tú y yo semos los más mal hablaos del pueblu? ¿Tú no sabes que semos munchu más mermuradores que una docena de beates en día de vegilia, Pin queridu?

—¿Tú que me dices, Xuanín? Tú no tas güeno ó topástete á Trabancu que te traía un recibu, ó tuviste de baile en el Bandurria y amories entoavía, ó morriéste algún de la familia y perdiste el sentiu, ó...

—O na, Pepín, ó na; léi un periodiquín que se publica los viernes y...

—¡Ay! ¡Ay, Dios mío! ¡Disgraci de mió vial! ¿Tú qué ficiste, Xuanín de mios entrañes? Anda y vete pa casa y tómate un purgante, ó ponte sinapisinos, ó fai algo, Xuanín; que si non, muerres ó vuévesti tarumba de seguru.

—Mira, Pepe; déxate de bobas y atiéndeme. ¿Tú sabes lo que diz esi papel? Pus diz na menos que el otro día en la charla que tuvimos insultamos al general Ablanedu.

—Dios benditu, Xuanín. ¿Taremos dentru de la Ley de Judriciones? ¿Pero en qué faltamos nosotros al señor esi? ¿Qué i diximos? ¿Que era vieyu y por eso non andaba con rapaces? Ya sé yo lo que ye, Xuanín del alma; ye que al que escribío eso, vieyu y tóo gustarani les neñes (son de la cuerda, bobu), y non comprenden que los demás non fagan lo propio que ellos facen.

—Tíes razón, Pin; ye ciertu; ye certísimu. ¡Cómo taría yo que non daba col quid! Paez que tien uno con estes cosas la cabeza á páxaros.

—Ya que hables de páxaros, Xuanín, ¿tú non sabes que el otro día robaron un loro y lleváronilu á Bellmunt, y ésti comprolu, y dieron parte al Juzgau, y el probe D. Otaviu anda ahora tou entreteniú dando vueltes del coro al caño y del caño al coro, ó sea del loritu al Juzgau y del Juzgau al loritu, sin saber á qué carta quedase?

—¿Pero tú ves, Pepín, esi demoniu de hombre que non hay páxaru abandonau en tou el pueblu que non vayan á ofreceilu?

—Y que creo que ye un loritu pistonudu pa aumentar la colección. Diz que tien una porción de páxaros preciosos que dan la hora.

—Güeno, sí, darán la hora, non digo yo que non; pero los cuartos... los cuartos debe dalos D. Otaviu; digo, paezme.

—Si non i ocurre lo que al reló del Institutu, que fai lo mesmu que fai el

Monecipiu grandu habla de demisión: apuntau y non dar.

—Mira, Xuanín; peor; munchu peor ye que den y apunten.

—Non te entiendo, Pepín.

—¿Que non me entiendes, eh? Pregúntalos á los acreedores del Ayuntamiento; ellos dan al fiaú y el Monecipiu apunta...

—Si y vien el Ministru y dispara, y adíos el gravamen de la sidra. ¿Non ye eso, Pepe?

—Ye eso mesmu, Xuan; pero non falta razón al Ministeriu. Pensarán allá arriba, de seguru: «¿Non gravásteis la lleche? ¿Non gravásteis los huevos? ¿Non gravásteis la carne? Pues demoniu, ya que non comáis, bebéi al menos, que la sidra ye nétar de manzana, y bastante graváos tamos tou el género humanu desde el Paraisu acá por causa de la porretera manzana, que el demoniu confunda.»

—Y entós, Pepín, ¿tú quíes que nos quedemos en sin fruta?

—Non, Xuanín; abondo tenemos co los melones que florecen los viernes. Ya, ya verás pa la semana ésta que flor de calabaces va á dar de sí el papelucu esi del que hablamos denantes.

—Adiós, Pepe.

—Adiós, Xuan; que te purgues, ya lo sabes, y hasta el próximu día que vuelva á vete.

P. RICO

Los Carnavales

En pocas palabras hemos de ocuparnos de los Carnavales. Transcurrieron sin el menor incidente, salvo el que proporcionó Uvences en pleno paseo de Begoña, confundiendo á un mascarón con un querido amigo y compañero nuestro.

A todo trance pretendía García Canal cometer un atentado contra la indiscreta máscara que lo puso como no digan dueñas.

Otra novedad carnavalesca la constituyó la presencia en la tribuna de la Comisión de Festejos del concejal don Juan de Cavo.

También dió una nota original don Baldomero de Rato, no cesando de lanzar confetti y serpentinas desde la tribuna del Casino.

En los bailes hemos visto á muchos de nuestros compañeros de estudios, que, gracias á la impunidad que da el capuchón, pudieron mostrarse en pleno período de revolución sanguínea, esto es, tal como son y no tal como pretenden pasar con sus ropas negras.

Ahora, concretando, diremos que las hermosas señoritas de Clotas, Turo, Bárcena, Manjón y Zarracina; arrancaron muchos pipos con sus elegantes disfraces de Mimosas. El objeto de arte del Casino de Gijón fué para ellas, que ocupaban el coche mejor adornado que se presentó al festival el domingo.

¡Pero qué suerte, qué gran suerte tienen algunos objetos de arte!

El martes llevó el premio del Ayuntamiento la carroza *Góndola Oriental*, inscrita á nombre de D. Ramón Fernández.

La tripulación encantadora y distinguida.

Cándido Alonso, el popular *fin de la Casilda* y el otro *fin de la Casilda* Francisco, lleváronse dos premios; uno el destinado á máscaras de á pié y otro por el *Horreo* de su propiedad.

Asimismo el termómetro de la Unión de los Gremios fué para los *automovilistas* Alberto Lera y Macario Menéndez.

Deko que anduvo por Begoña con Marceliano Cuesta, Benigno Pico y otros sportsmen se quedó sin recompensa.

¡Recontraraku, qué Comisión más poco amable para el forastero!

En cambio de este desaire municipal, lleva Deko gratuitos recuerdos de esta villa. Y la verdad, entre un termómetro y recuerdos cariñosos, son preferibles éstos.

EL MITIN DE OVIEDO

DISCURSO DE MELQUIADES ALVAREZ

Al adelantarse a hablar el gran tribuno, estaba una imponente, colosal ovación. Pasó un buen rato antes que se restableciera el silencio y pueda comenzar a hablar el diputado por Oviedo.

Comienza este así su discurso:
Correligionarios: Tengo yo mala fama, fundada en la creencia de que hay en mi carácter algo de orgulloso y sobre todo que acostumbro a despreciar el aplauso de los públicos.

Y sin embargo agradezco hoy el vuestro con el alma henchida de cariño y agradecimiento, porque me sirven vuestras manifestaciones, de desagravio a los ataques de que vengo siendo objeto y de estímulo para la lucha.

A pesar de que ni estímulo ni desagravio necesito, pues no puedo encontrarlos mayores ni de mejor calidad que los que me proporcionan espectáculos como éste, como los que vengo presenciando en todas las provincias de España y que han hecho nacer en mí alma la esperanza, una dulce y halagadora esperanza de que aún puede redimirse esta pobre y desgraciada nación, teniendo constancia y tesón para la lucha.

Porque yo soy fervoroso amigo de luchar y todos los liberales y republicanos que sigan esta campaña, tienen que dedicar a la lucha sus amores; porque los pueblos que no luchan son pueblos que están en la senilidad y languidecen en un letal apocamiento, ó pueblos incultos que por ignorancia y falta de cultura son incapaces de sentir la Democracia, y están condenados a vivir sujetos a la eterna tutela del despotismo. (Muy bien. Aplausos.)

Afortunadamente no es así: la mansedumbre actual no es signo de decrepitud senil en el pueblo, y la ignorancia, con ser mucha la que sobre él pesa, no le lleva aún a figurar en la ralea de los pueblos irredentos, destinados a perecer en el oprobio de la esclavitud.

Nacen los pesimismo de la falta de fe, de la escasa confianza; nacen por culpa de los que en la plaza agotan el vocabulario de la revolución y son luego débiles, impotentes para la lucha; nacen también, queridos correligionarios, de la debilidad de los Gobiernos que se rinden a las imposiciones de la rebeldía y se entregan ante las amenazas de la fuerza.

Y yo os digo, correligionarios y amigos, que hay que tener fe, que hay que tener confianza, que hay que ir a la lucha y perseverar en ella con la tenacidad de los hombres fuertes, de los que llevan el espíritu sobre las pequenezes y miserias de la vida.

Todos los movimientos de opinión en que no haya tesón y constancia son fuegos fáuticos, inútiles rugidos de cólera y de ira, que sino triunfan, fácilmente se domestican; y los Gobiernos lo saben, lo saben y dejan que desahoguen las pasiones populares y dejan que pase la ola, poniendo cada vez más cuidado y quedando a cada vez en más aviso, porque saben también que los fracasados de un día pueden ser los triunfadores del siguiente.

Por eso yo pido a mis amigos sólo tenacidad, que la tenacidad es la virtud de los pueblos fuertes y con ella hay siempre seguridad de vencer cuando se lucha por la grandeza del ideal santo, noble, generoso. (Grandes aplausos.)

Y a qué causa, preguntaría obedecéis esta lucha? ¿A qué causa obedecéis, insistiréis preguntando, la formación de la alianza liberal, del bloque de las izquierdas?

Es preguntaría algunos, y yo, correligionarios, me adelanto a contestaros. Todo el dominio, la dirección, la guía de la política española se la disputan dos legiones de luchadores: la de la derecha reaccionaria y la de la izquierda liberal, que corresponden a dos Españas diametralmente opuestas, separadas por todas las diferencias que entre cosas, personas y pueblos establecen una distinción.

La izquierda corresponde a una España nueva, plébrica de entusiasmos, henchida de amor a santos ideales, dignificada por la cultura, compuesta por bravos y desinteresados iconoclastas, destructores de los ídolos y fervorosos adoradores de la grandeza del ideal, España nueva, ennoblecida por el saber y el esfuerzo de sus hijos, engrandecida por las virtudes y los talentos de los ciudadanos, consagrada su fuerza y poderío por el ejercicio de la soberanía popular sin trabas ni restricciones. (Ovación.)

La otra España es la España envejecida, triste, caduca, sombría, con el espíritu anquilosado por el grillete de la superstición, sujeto por el yugo de un bárbaro fanatismo, a merced de una aristocracia educada dentro de los límites que señalaron el desarrollo de una menguada y misera mentalidad, de la que salieron los horrores de una Inquisición que nos avergüenza con una espantosa historia de crímenes y de sangre, y que más tarde evolucionó, convirtiéndose en una política brutal de opresión y despotismo, que dividió a la nación, que fué causa de su muerte y de su ruina en una lúgubre apoteosis de miserias y de vergüenzas. (Nueva ovación.)

Pretende esta España renacer como si por obra de la magia política pudiera consigo girarse lo absurdo, lo refiido con la razón; apereceos esto, queridos correligionarios como un signo infalible de locura; y como la demencia de las colectividades, es peor, mil veces peor, correligionarios, que la muerte; contra ella es preciso ir y es necesario luchar para dificultar que vuelva a implantarse el imperio de la teocracia, incompatible con la obra civilizadora del progreso. (Muy bien. Aplausos.)

Y aún hay quien niega tal pretensión, que dice que no hay problema clerical, que pregunta dónde está el clericalismo?

¿Que no hay problema clerical? ¿Que dónde está el clericalismo?

Quien tal dice, quien tal pregunta es, correligionarios y amigos, un hombre víctima de un lamentable pauperismo mental, débil de intelecto, que no acierta a comprender la verdad ó espíritu apocado que se asusta ante ella y negándola pretende neciamente ahuyentar el peligro.

Si, correligionarios: hay problema clerical, hay clericalismo: el clericalismo existe, es una enfermedad crónica que se nota en el taller y en la cátedra, en la aristocracia y en el pueblo, en la familia, en todos los recovecos de la sociedad, adonde alcanza la plaga amasada y forjada por la superstición y el fanatismo que han mantenido al pueblo en la más bárbara de las ignorancias. (Grandes aplausos.)

No citaré, queridos correligionarios, hechos menudos del clericalismo: no los cito por no repetir lo que he dicho ya en otros mítines de propaganda.

Pero sí he de decir que en España se tolera lo que ya no puede suceder en parte al-

guna del mundo; y se consiente que desde el púlpito y el confesionario se fulminen anatemas contra la prensa que no dobla la cerviz a las imposiciones reaccionarias; y en España se tolera que se violen los concordatos y vengán a nuestra desgraciada patria los frailes expulsados de otros países, y se establezcan en nuestro país esas congregaciones que son para él un peligro, y se instalen entre nosotros esos mensajeros y paladines de la reacción que a millardas atraviesan las fronteras, y con odiosas captaciones de las almas en momentos de dolor y de suprema angustia, acaparan, para dedicarlas al fomento de una estéril vida mística y contemplativa, las riquezas que podrían hacer fecundar nuestro suelo y podrían ennoblecir, esparciendo la cultura, a esta pobre y miserable patria. (Estruendosa salva de aplausos.)

A la cuestión de la Iglesia, en relación con el Poder Civil, dedica el orador párrafos brillantísimos, demostrando con citas elocuentes cómo la Iglesia se ha preocupado más de mantener su poderío terrenal que de influir en los espíritus con las sanas doctrinas de Cristo, ajenas a toda intervención en la política de los hombres.

Para remediar esto vamos al bloque de las izquierdas; para atajar el mal se ha constituido la alianza.

Vamos al bloque, pero entiéndase bien y sepase bien, sin abdicar nadie de sus convicciones, manteniéndose todos firmes en el culto a las ideas, dentro del campo que éstas a cada cual señalen, conservando nuestros principios en toda su integridad. Vamos lealmente a prestar nuestro concurso a una obra en la que todos estamos interesados, que a todos afecta, pues es obra de defensa de lo que constituye la esencia, el ideal común; vamos a defender la Libertad y la Democracia peligrosamente amenazadas, y vamos a exigir que se cumplan sin restricción alguna compromisos solemnemente contraídos, que necesitan cumplirse para salvar a España, y porque son una exigencia imperiosa de la opinión liberal.

Y sepase también, señoras y señores, que el bloque no va contra la Iglesia, que esa afirmación es una patraña propia de quienes emplean la insidia y la mala fe como sus armas favoritas: va el bloque de las izquierdas, va la alianza liberal contra la llamada acción católica, contra la política católica, que no afecta en nada a la esencia doctrinal de la Religión.

Va contra las exageraciones de una intransigencia odiosa que niega a nuestro país lo que a otros países se ha concedido; porque nosotros pedimos menos, pero infinitamente menos, señoras y amigos, que lo que tienen ya en otros países donde la Iglesia consiguió vencer en su acción de proselitismo, sin necesidad de llegar a ingerencias abusivas, sin pretender extralimitarse mermando las prerrogativas del poder civil.

Pedimos menos que lo que como norma de las relaciones entre las dos potestades señalan algunos espíritus modernos, príncipes de la Iglesia que se distinguen y sobresalen en la turbamulta de fanáticos intransigentes; y no llegamos a pedir lo que predicaron los sabios y venerables prelatos norteamericanos Gibbons é Ireland, y lo que en Inglaterra predicó Manning, y en Francia Monseñor Fouché, y lo que en el Congreso Eucarístico de Londres predicaba el cardenal Vanutteli, uno de los papables en la última elección que consagró Pontífice al Patriarca de Venecia. (Muy bien. Muy bien.)

Pedimos menos que lo que pedían los irlandeses al dirigir sus reclamaciones al Gobierno de Inglaterra, y pedimos menos de lo que pidieron en España los católicos liberales del pasado siglo que tenían por lema de su bandera «Dios y Libertad». Y sin embargo, señoras que me escucháis, a esos se les bendice, se pondera su religiosidad y su catolicismo, y a nosotros se nos escarnece, se nos injuria, se nos calumnia, se nos combate, presentándonos como enemigos de la Religión.

¡Enemigos de la Religión! ¡Enemigos de la Religión nosotros, que públicamente declaramos a la religión como una cosa necesaria, que ennoblece el espíritu, que sirve de freno a las concupiscencias, que mata groseros apetitos, que en momentos de zozobra y de intranquilidad lleva la paz a las almas, elevándolas sobre las impurezas de la tierra, haciéndolas olvidar miserias y amarguras, con el pensamiento de las bienandanzas de un cielo en el que todos alguna vez soñamos! (Calurosos aplausos.)

Y a nosotros que así pensamos nos llaman enemigos de la Religión los que han hecho de ésta señuelo de una bandería política abominable porque mata la civilización; los que comercian con la religión buscando una prima en los enlaces que preparan.

(Ovación delirante. La concurrencia, puesta en pie, aclama y aplaude al orador. Este hace gestos reclamando silencio. Los aplausos y aclamaciones duran aún cuando Melquiades Alvarez reanuda su discurso.)

Los que comercian con la religión buscando una prima en los enlaces que preparan sin querer saber que cuando el amor falta de los corazones, el matrimonio arrebató la felicidad a los dos seres que se unen y les incita a las liviandades del adulterio. (Reproducése la ovación. Entre los delirantes aplausos óyense bravos y vivas. Las señoras distingúense aplaudiendo calurosamente.)

Nos llaman enemigos de la religión esos plutócratas que se confiesan a diario, no para acallar los gritos de la conciencia, sino porque consideran la confesión como un Jordán que lava su alma y la deja en disposición de amasar nuevas odiosidades, y porque buscan en la confesión patente de corso para seguir impunemente sus instintos rapaces y continuar en la impunidad la serie no interrumpida de sus crímenes. (Nueva ovación.)

Y esos nos llaman impíos, sacrilegos y blasfemos! ¡Impíos, sacrilegos y blasfemos, ellos, que si Jesucristo volviera a la tierra, vendría a nuestro lado, huyendo de los que escarnecen su doctrina, y manjeñan indecorosamente su nombre, revolcándolo en la liviandad, en la corrupción y el latrocinio. (Más aplausos.)

Esos son nuestros enemigos; y contra lo que ellos digan, contra todas sus calumnias, enfrente de todas sus perfidias, nosotros presentamos noblemente el testimonio de una conducta santificada por el trabajo, augusta porque fué siempre en servicio del pueblo, grande porque no deja tras de sí un reguero de llanto y de maldicciones.

Y ahora ya contestado esto, vamos, correligionarios y correligionarias, porque ahora ya lo seréis (risas y aplausos), a conti-

nuar hablando de lo que es el bloque de las izquierdas. (Melquiades Alvarez se vuelve a los que ocupan el escenario y dice:—Me está resultando un discurso distinto de todos los otros de propaganda, y me alegro.)

El público oye esta frase y aplaude al orador. No puede darse idea del enardecimiento de la concurrencia después de los últimos párrafos, interrumpidos todos por los aplausos, acogidos todos con delirantes ovaciones.

Realmente, Melquiades Alvarez estuvo colosal, admirable. Llegó a un grado de elocuencia del que es imposible dar idea.)

Cuando leo todo lo malo que de mí se dice, pues leo todos los escritos que a mí se refieren (Grandes risas), porque el hombre público debe inspirarse tanto en el elogio del amigo como en la censura del adversario, cuando leo magníficas colecciones de denuestos y diatribas, no me indigno, antes al contrario, asoma a mis labios la sonrisa, ó por lo menos me rezoza en el alma la alegría al advertir la tremenda candidez, la supina ignorancia de los que me combaten.

Y sería completo mi júbilo si al lado de los reaccionarios que nos atacan, no viese con alguna amargura a los que titilándose demócratas, llamándose liberales, unen en contra nuestra y como obedeciendo a una consigna, sus protestas a las de los elementos que la reacción ha desencadenado.

A esos radicales intransigentes voy a dirigirles, al mismo tiempo que a vosotros, señoras que me escucháis y estáis deseando saber lo que es eso de la secularización, aún cuando va clara y elocuentemente os lo haya expresado mi querido amigo el Sr. Pedregal.

Es poco lo que pedimos; lo único que ahora puede decirse, lo único a que ahora podemos aspirar.

Decía un filósofo, creo que fué Bacon, que para andar en la política era preciso poner plomo en los pies y cortar las alas de la fantasía, y es efectivamente la política una transacción en la realidad, y para gobernar a los pueblos es preciso ajustarse a las exigencias de lo real para que la labor del hombre de gobierno sea fructífera, de prósperos resultados para el país.

Porque no pueden llevarse a la política radicalismos atrabiliarios y fosforescentes, luminarias que sólo sirven como señuelo de incautos, y que son perjudicialísimos porque se oponen al avance general por el camino del progreso, pues las conquistas mal consolidadas y las reformas mal cimentadas, habrían de caer a los dos días, en cuanto sobre ellas se desatase el furioso vendaval de la reacción.

Es preciso, por tanto, radicales intransigentes, abandonar sueños y desvarios, vivir en la realidad, ajustar a ésta las peticiones y conformarse con un programa mínimo, con el formulado por el bloque de las izquierdas y que es, señoras a quienes han asustado con nuestros proyectos de secularización, lo que habéis oído a mi entrañable amigo el diputado por Avilés, lo mismo que yo repetiré.

La Libertad de conciencia que encarna la libertad de cultos, el matrimonio civil, la enseñanza neutra y la secularización de cementerios.

Fijamos en nuestro programa el matrimonio civil porque ante el Estado son los que se unen sólo ciudadanos; y es inexplicable que cuando se tolera y se transige con esto mismo que para el matrimonio pedimos, el nacimiento de las criaturas, asomen la intolerancia y la intransigencia cuando queremos aplicarlo a un acto del que nacen grandes derechos, del que se deducen graves responsabilidades y que ejerce un indudable influjo social.

Y queremos nosotros que se presenten los que van a unir sus destinos ante el funcionario que represente al Estado que ha de hacer valer luego los derechos y que ha de exigir las responsabilidades derivadas del acto en el cual una necia intransigencia pretende negarle intervención.

Ya veis qué cosa más lógica y más sencilla; y ésta es una de las que nos valen esos calificativos de impíos y herejes con los que se ha pretendido, señoras, divorciarnos de nuestra obra redentora, y se ha alejado de nuestro lado a los timoratos é irresolutos. (Muy bien, muy bien.)

Queremos también la enseñanza neutra, basada en la libertad de conciencia del profesor y en la libertad de conciencia del alumno, porque no puede consentirse ni que aquél imponga su criterio en materias de religión y lo haga en nombre del Estado que incluye la religiosa en la enseñanza oficial, ni podemos tolerar que el alumno, en contra de sus sentimientos, se vea en la obligación de soportar enseñanzas que repugnan a su conciencia.

Pero no impedimos jamás que de ocurriérsenos tal necesidad que luego el alumno fuera de las horas en que la enseñanza oficial reclama su actividad, reciba del maestro ó del sacerdote las enseñanzas religiosas que se avengan con sus creencias y sentimientos sin necesidad de ocultar aquellos hipócritamente, sin verse obligado a disimular con falsía lo que debe ser sagrado é intangible tesoro del santuario de las almas. (Muy bien.)

Ya veis también qué otra cosa más sencilla.

Y llegamos ahora a la otra cuestión, a la que quizás haya enardecido en mayor grado los ánimos. La que ha hecho que redoblasen las airadas protestas, la que hace caer sobre nosotros furiosos anatemas, la que nos vale ser llamados impíos y sacrilegos, la que nos hace aparecer a vuestra vista con un repugnante aspecto macabro de violadores y turbadores de la eterna paz de los que al abandonar la tierra buscan en ella el descanso de los cuerpos, mientras el alma vuela a las serenas regiones del espíritu.

Es, señoras, la secularización de los cementerios; es señoras, porque nosotros encontramos inicuo, horrible, refiido con los más elementales preceptos de la caridad, que se lleven las intransigencias más allá que los lideros de la muerte, a un extremo tal que pasa también todos los límites de la odiosidad y la repugnancia.

Porque a los que han convivido en el mundo enlazados por el cariño, y han disfrutado juntos de las sublimes locuras del amor, y juntos enjugaron las lágrimas que arrancaron los comunes dolores; a los que compartieron en la vida tristezas y alegrías, placares y sufrimientos, a los que vivieron amándose y al morir se despidieron luciendo en los ojos vidriosos un destello de supremo amor, se les separa al dormir el eterno sueño y se condena a eterno divorcio a los cuerpos, que si pudieran animarse mo-

verían los labios para maldecir la intransigencia de los hombres.

Porque con ese torcedor que aumenta las angustias horribles del alma en aquellos terribles momentos, mueren los que en la hora suprema, en la hora en que los hombres no pueden ocultar la verdad, en que las palabras expresión de creencias y sentimientos, no quieren profanar una vida consagrada al bien y al culto de la verdad y de la idea con una última mentira que vendría a aumentar los sufrimientos del alma angustiada que va a abandonar lo que fué su afecto constante, lo que constituyó el continuo objeto de su cariño.

Y vosotros, hijas, esposas y madres que me escucháis, descansadéis en la tierra separadas de vuestra vida, del hijo pedazo de vuestras entrañas, si éstos en aquel trance supremo, en la hora angusta en que comienza la eternidad, no quieren manchar el alma con la hipocresía y el engaño y no quieren manchar sus labios con la mentira, haciendo traición y ultrajando los sentimientos y creencias que guiaron su vida por el camino de la honradez.

(Estruendosa ovación. Las señoras dan pruebas de intensa emoción.)

Eso, señoras y correligionarios, es lo que pedimos. Eso es nuestro programa. Esa es nuestra política de impedida, esa nuestra labor destructora de la Religión.

Y finalmente pedimos que se cumplan los Concordatos; que excepto las tres órdenes concordadas, las congregaciones religiosas que se instalen en España, se sometan a las leyes del Estado español, que tengan deberes y que reclamen derechos; y queremos también que se presente una ley para que sean las Cortes, representantes de la soberanía nacional, las que decidan si pueden establecerse en el suelo de la nación las legiones monásticas; y que si la soberanía popular pone su veto a una congregación, vaya ésta a buscar fuera de España lo que en España pensaba encontrar, ya que a su permanencia entre nosotros se opone el pueblo, único señor y soberano. (Grandes aplausos.)

Y ahora vamos con los republicanos. (Gran expectación.)

¿Deben los republicanos entrar en el bloque? (Pausa.)

¿Deben los republicanos entrar en el bloque? (Muchas voces contestan: sí, sí. Oyense algunas que dicen: no.)

No me importa lo que me contestéis, con franqueza os lo digo: porque en las excursiones de propaganda de la alianza, en los actos en que he tomado parte, yo que me creía impopular, odiado entre los republicanos, me he convencer de que soy el republicano más popular de España. (Grandes aplausos.)

Porque he encontrado en poblaciones que fueron siempre centros del republicanismo español, correligionarios que han luchado por la causa dando pruebas de su valor y de su ardimiento, republicanos que pueden ostentar una honrosa ejecutoria, y que han entrado a formar en el bloque liberal, mostrándose conformes con mis predicaciones.

He visto que no hay en España un partido revolucionario. ¡Ojalá lo hubiera, queridos amigos! Porque un partido revolucionario, fuerte, organizado, que diese energía, que sirviera de acicate a la indolencia de los partidos gobernantes estadistas y pereros; para eso serviría al menos el partido ya que hoy el partido republicano es impotente para traer la República.

Porque además han evolucionado las ideas y el tiempo en su labor a la vez creadora y disolvente, destruyó los antiguos procedimientos y las antiguas ideas; y es una candidez, y es una ridiculez creer que las revoluciones pueden hacerse ahora con motines callejeros y asonadas de cuartel. Eso terminó con el romanticismo político. Hoy la labor revolucionaria, tiene que ser obra de educación del pueblo, que leve a él el sentimiento del deber, que cree valor cívico, que inculque en los hombres el amor a la Libertad.

Y con esta labor repararemos la obra verdaderamente abominable que hemos realizado, deteniendo durante los cuarenta años que pasamos encariados con la Revolución, toda obra de progreso político causando graves daños a la Patria y a la causa de la Libertad. (Muchos aplausos.)

La misma culpa corresponde a los liberales, continuamente divididos en grupos y fracciones, en constantes luchas intestinas que debilitaron sus fuerzas y les impidieron emplearlas en contra del enemigo común.

Y ofrece el partido liberal un lastimoso espectáculo: con un brillante estado mayor si pero sin soldados de fila, sujeto a una turba de mesnaderos, taifas de caciques que han causado el desprestigio del partido liberal.

Y otro tanto puede decirse de los socialistas; por desgracia los socialistas españoles no evolucionaron calidamente como los de otros países y enamorados de una intransigencia funesta, adoradores de la ortodoxia marxista, mantuvieron como verdades inconcusas todas las predicaciones de Carlos Marx cuando sí bien unas fueron admitidas, otras fueron rechazadas por la Ciencia.

Y fruto de esta intransigencia quizás peor que la de los católicos es la triste, la dolorosa consecuencia, de que tenga el socialista español escasamente 30.000 adeptos, sin ninguna influencia en la vida pública y en el Gobierno de la nación. (Grandes aplausos.)

En cambio la reacción, sagaz, inteligente, más inteligente que nosotros, fué preparando sus fuerzas, uniéndolas, encaminándolas al fin que persigue; y como va éste en contra de la Libertad, en contra de los que somos liberales, demócratas y republicanos, es preciso oponer a la conjunción de las derechas, la conjunción de estas fuerzas de la izquierda que hoy están en la inacción.

Y los que sean enemigos del bloque, tengan entendido que si más de enemigos del bloque son favorecedores de la reacción.

Fúndanse los enemigos de la alianza liberal en la desconfianza que les inspira el señor Moret; y yo, a más de preguntar con quién íbamos a colaborar en la vida pública, si un momento de desmayo y un instante de debilidad bastaran para juzgar y repudiar a un hombre, yo recordaría aquella frase de Renan: «La vejez y la juventud son capaces de las mayores audacias y de las más grandes resoluciones. La juventud porque ve delante de sí largo camino para llegar a donde sus ambiciones le guían; la vejez porque se ve cerca de la muerte y no pueda temerla».

Y yo digo que el Sr. Moret, hombre de edad avanzada, que ha entrado ya en la senectud, pensará en su país y aspirará a que

su nombre pase a la Historia glorificada con un último recuerdo, enaltecido por la gratitud y el cariño de sus conciudadanos. (Aplausos.)

Pero si el Sr. Moret faltase a sus compromisos, de mí no podréis dudar, y yo no le prestaré la complicidad de mi silencio y yo volveré a estos actos populares y se alzará de nuevo mi voz para gritarle al pueblo que ha sido traicionado y al Sr. Moret vivirá precariamente en el poder y de él le arrojará el pueblo con oprobio y vilipendio. (Gran ovación.)

Desconfiase también por que se dice que el Rey se ha manifestado enemigo de nuestras ideas. Yo no lo creo, no quiero creerlo, ni debo creerlo. Porque la Historia dice que la frivolidad predominó muchas veces en las alturas, pero no dice que haya predominado nunca la indiscreción.

Y es una hipótesis absurda, y luego a los periodistas que lo digan así, hipótesis absurda, para que se vea que un republicano hace justicia a un monarca, es una hipótesis absurda, creer que el Rey se haya interesado en este sentimiento; porque el Rey se hubiese mostrado enemigo del bloque, vosotros, (se dirige a los ex-ministros) tendríais que desatarte, porque si Mirabeau dijo al entrar Luis XVI en la Asamblea que el silencio del pueblo era la mejor lección para los Reyes, en cambio en los ministros es preciso que siga la voz de la verdad y que así la habéis vosotros, acordados de que la frase de Labryère «la gloria del monarca constituye la felicidad del cortejano» a los cortesanos se refiere sólo a vosotros que sois ministros en nombre del pueblo que os hizo mandatarios de soberanía. (Estruendosa ovación.)

En un régimen constitucional el Rey puede tener opinión; el Monarca es sólo vigila que examina los movimientos y orientes de opinión para encauzarlas al provecho de la nación. Otra cosa sería poder personal, y si pretendiera ejercer un poder personal, yo sería el primero en acudir a buscar la opinión y encardecerla, tratando de excitar a una revolución que terminase con el destronamiento. (Ovación delirante.)

Hablemos ahora de Asturias. Muy pocos pues no pensaba hablar y lo hago sólo para dar ánimos a estos bravos luchadores llegados aquí de los últimos confines de la provincia.

Llevó su voz elocuentísimamente mi querido amigo el Sr. Lorient; él expresó sus quejas, sus temores, y yo os digo señoras amigos al veros tan bravos y esforzados que terminó el oprobio y terminó la clarividencia.

Hemos llamado al pueblo, el pueblo lo respondió y se asegura la victoria, porque yo os respondo de que no debéis albergar esos temores que el Sr. Lorient manifiesta respecto al apoyo que los caciques opores puedan encontrar en el poder estatal.

No lo encontrarán. ¡Verdad que no lo encontrarán! (El orador se ha acercado a la mesa de Presidencia y se dirige al Sr. Suárez Inclán. El Sr. Suárez Inclán contesta con voz sonora: ¡No!, y estalla una formidable ovación.)

Venceremos, correligionarios, no lo dudéis, y tenemos tanta amargura en el alma y tantos agravios que vengar, que en la victoria recordaremos la frase de Breno: *Victis, ¡Ay de los vencidos!* diramos y vamos implacables y seremos hasta quedar los barreremos a todos y no quedará un solo de nuestros adversarios ocupando el puesto de representación popular. (Delirantes aplausos.)

Hay quien dice que yo aspiró a ser cacique. Correligionarios, decir eso es una estupidéz, sí, una estupidéz. ¡Yo cacique! Yo puedo ser cacique; cómo voy a serlo si no dos vosotros me tuteáis, si no me tenéis ningún respeto (grandes risas), y el cacique es un ser algo así como sobrenatural, al que rinde culto idolátrico, al que se adora ciegamente y ante cuya presencia se debe ser hombre para convertirse en borrego, se pierde toda noción de libertad y de dignidad. (Ruidosa y prolongada salva de aplausos.)

Yo no aspiró a ser cacique, yo no puedo aspirar a ser cacique, queridos correligionarios; yo no aspiro ni puedo aspirar a ser cacique, porque, aunque me llamaséis vándalos, eso es poco para mí; yo no aspiró a realizar labores más altas, más grandes; yo aspiró a redimir a mi patria, a engrandecerla, a elevar su cultura hasta colocarla a nivel de las más grandes y más cultas naciones del mundo.

Ser cacique es poco para mí; sépanlo los pobres de espíritu, de inteligencias obtusas, que así creen poner obstáculos en mi camino.

Y para que veáis que yo no aspiró a ser cacique, os diré, oído bien: después que yo hebre a Asturias, después que salve a la provincia del ominoso caciquismo que la oprime, después que arrolle todo el poder personal que os persigue y os asfixia; después de esto me irá a otra provincia, a otro distrito donde no me liguen tantos compromisos. (Muchas voces: no, no, no.)

No será sólo el caciquismo político que hemos de estirpar de Asturias; nosotros también al caciquismo mercantil que integra toda esa taifa de industriales fracasados, hombres de negocios, parásitos de la política que crean, pluscu, dominando a nuestra provincia con otro caciquismo que así crean poner obstáculos en mi camino.

Si me seguís, tengo fuerzas bastante para barrerlos a todos, haciendo que luzca para nuestra querida provincia días más venturosos, que maten con sus destellos negruras de tantos años de dominación brutal y bochornosa. (Ovación delirante.)

Termina con un brillantísimo párrafo saludando a las señoras y felicitando su concurso para la obra de redención que os concierne. Es imposible dar una idea de la ovación que estalla al final del discurso. Melquiades Alvarez abraza a Melquiades Alvarez; éste tiene que adelantarse cinco ó seis veces a saludar al público que, delirante, en un quedido, aplaude frenéticamente y vierte al tribuno con el mayor entusiasmo.

Las señoras de pie en los palcos aplauden y agitan los pañuelos.

El espectáculo emocionó grandemente. Dura aún la ovación cuando se levanta para hacer el resumen D. Félix Suárez Inclán. Nuestro ilustre paisano se empalma con la vejez dedicada al grandilocuente tribuno asturiano.

Y yo digo que el Sr. Moret, hombre de edad avanzada, que ha entrado ya en la senectud, pensará en su país y aspirará a que

REBAJAS CONSIDERABLES En el ALMACÉN de CALZADO LA AMERICANA

Los afamados chanclos reforzados marca "Boston", para caballero á 6 pesetas

BARATO VERDAD

La Americana CORRIDA, 64 y 66 GIJÓN



CAUSERIE

Pase usted.

Nos sentamos frente á frente, agiendonos esas primeras miradas que quieren penetrar hasta los recóndito del mirado, para adivinar sus intenciones.

—Pues verá usted.—Puso una perna sobre otra y se atusó el bigote. Hubo una breve pausa, y luego continuó.—Pues verá usted; algo recelos de que esto ya lo hizo Carlos Miranda, ese ingeniosísimo poeta que se mete por el resonante que es un primor y que significa á las mil maravillas.

—Supongamos que lo hubiera dicho Carlos Miranda, ¿y qué?

—Y hombre, mucho; pues ahí está. El decirlo después, supone una osadía tremenda por parte de quien lo vuelva á repetir; y digo osadía por no decir frescura platónica que debemos condenar los que amamos el buen orden en la ciudad, basado en esta sencillísima y vulgar frase "á cada cual suyo".

—Está V. conservador, perfectamente ministerial. Parece que...

—No; en esto soy un consumado transigente; ni jueves ni viernes transijo con eso. ¡Que un percibe cualquiera, llámese León y Castillo, venga á querer hacernos tragar que no vive Carlos Miranda!...

—¿Y *Nuevo Mundo* de hace dos meses?.. Pues allí lo decía el genial y chispeante poetalicantino.

—No comprendo una palabra.

—Es muy sencillo. Carlos Miranda habló en verso de amor de gatos, de un Micifú y de un Zapirón, que ahora un señor que llama León y Castillo, que á la guisa huele á Bañugues, vuelve á hablarnos de otro Zapirón y de otro Micifú, con una desfachatez sombría.

—Hombre, no me parece grave caso, porque entonces deducimos que Carlos Miranda es otro gato, pues de esos dos señores míos ya habló Iriarte, que yo sé.

—Sí, cierto; pero entre esto de León (no debe ser tan fiero como lo pintan) y lo de Carlos, hay una analogía sospechosa, y por eso yo formulo mi protesta.

—Es indiscutible que á usted le ocurre algo con el tal León; no lo crea la causa de la osadía de ese señor.

—Nada, nada absolutamente; y me da de ello es que jamás hice versos, ni los haré, porque para hacerlos hay que hacerlos muy malos, y de esto no todos podemos responder.

—No; á usted algo le pasa con León.

—Nada; se lo juro á usted. Lo que es que estoy hasta aquí de abacanería poética, y todo por culpa de León y Castillo. A todo esto versos y más versos de la más ordinaria ramplonería, con esas pretensiones locas, á pesar de cuyas pretensiones no puede salir de las columnas de periódicos familiares, donde casi tenemos la seguridad de que se sirven de los versos (nunca poesías) por completar el ajuste del periódico. En fin, estoy atragan-

tado de los *versificos* partos de León y Castillo. Con decirle á usted que Moisés García Fernández vale más.

—No me convence la explicación; á usted le pasa algo con su censurado.

—Nada, hombre, nada. De él no sé más que me asesina con sus cosas en verso, matás, pesadas, anodinas, insoportables, y que se llama Florentino Pérez, no siendo el León y Castillo más que un pseudónimo.

—¿Florentino Pérez, dice usted?

—El mismo.

—Ya lo conozco; á ese lo echamos de la redacción de EL INDE, y eso que siempre nos asediaba con cuartillas, las cuales, naturalmente, iban derecho al cesto de los papeles.

—Pues me alegro de ello, y ahora comprendo por qué ese simpático semanario conserva un tan gran núcleo de lectores. De haber admitido tales esperpentos, ¡Dios mío, estaba EL INDE gozando de la paz de los muertos!

—Hablaremos entonces de ese Pérez con más detenimiento.

—Con todo el detenimiento que usted quiera. Con tal de que no me atormenten más su lira chabacana, ramplona y pedestre...

FLORISEL

COINCIDENCIAS

(ESTILO GIENMIXTOS)

(A mi querido amigo Carlos Cienmijos, redactor de el semanario radical)

Estas dos letras Carlos te escribo para que sepas que aún estoy vivo. Por un fenómeno que no me explico entre nosotros ha sucedido un caso análogo, un caso mismo; ambos las muelas hemos tenido con dolor grande; grande, grandísimo. Nos hemos puesto dos sinapismos en igual pierna y el mismo sitio. Al día siguiente ambos salimos, de nuestras casas á un tiempo mismo. ¿Pero qué es esto Carlos querido? ¡Esto es muy raro! ¡Esto es un lío! Que no me alcance que no me explico ó entre nosotros hay magnetismo ó es que en el baile nos divertimos con las chisteras de los amigos y á la salida casi no vimos para hacer versos llenos de ripios, ó nos sucede Carlos querido lo que á otros muchos mil convencinos que á veces salen á un tiempo mismo de sus hogares ó domicilios, que á veces sienten placeres rítmicos al bailar schotis

muy moviditos en el teatro del municipio ó que les duelen los incisivos ó los molares á un tiempo mismo. Sin más: Recuerdos á los amigos y.... que te alivies Tuyo,

ALARICO.

¡Por Dios, D. Jenaro!

La misión de los antiguos sacerdotes, consistía en prestar sus servicios á mejorar el culto divino, á su esplendor y magnificencia, á extender con las palabras y las obras las creencias de «hacer bien sin mirar á quién», «amar al prójimo como á uno mismo», «lo que para tí no quieras, no lo desees para nadie».

Los sacerdotes de hoy, (no todos, pues los conozco virtuosos, buenos y caritativos), más que á practicar el bien, más que á amar á sus hermanos y consolarlos en sus aficciones, se dedican á la intriga, á la murmuración, á faltar al respeto y consideración que se debe de tener con nuestros semejantes.

Jesucristo dijo: «Amáos los unos á los otros».

San Pablo decía á los romanos.

«No queráis ser sabios á vuestro parecer; á nadie volváis mal por mal; procurad obrar bien, no sólo delante de Dios, más también de los hombres. No toméis venganza por vosotros mismos, porque escrito está: «A mí está reservada la venganza; yo la tomaré». «Mas si tu enemigo tuviera hambre, dale de comer; si tiene sed, dále de beber; porque haciendo esto, amontonarás carbones encendidos sobre su cabeza. No quieras que el mal te venza á tí; mas vence tú al mal con el bien».

¿Qué le parece de esto á D. Jenaro? Está bien, ¿verdad? Pues para qué dedica su pluma á la ofensa del vecino de enfrente? ¿Por qué ha usado un proceder inicuo conmigo en el papelucho clerical? ¿Le molesté yo en algo? ¿Dije alguna de las muchas cosas que de V. sé? ¡Por Dios, D. Jenaro!

Los hombres nobles, sinceros, cuando insultan deben poner su nombre al pie del escrito. No hacer esto, indica cobardía.

Ahí me ve V. siempre con la cara de frente, sin que rehuya de nada ni de nadie. Cuando no se tiene valor para responder de lo que se escribe, se deja, no se hace eso.

Me alegro saber que es un sacerdote el que me insulta, el que para óprobrio de la clase, derrama á manos llenas calificativos indignos de estamparse en el papel.

Y ya que D. Jenaro se crea un *listo*, un sabio, un erudito filósofo, según me han dicho, reciba esta pobre lección que le envía el *maestro ciruela*, á quien tanto injurió.

Hacia el bien, debe dirigirse siempre nuestro libre albedrio, puesto que él, es el origen de la luz, de la verdad, de la fé, del orden, de la esperanza, de la alegría, del amor, de la vida y de la perfección de nuestra existencia.

La única guía que podemos tomar para el bien, es la *virtud*, esa hija del cielo que nos conduce á la felicidad; la *piEDAD*, que es el cimienta de la virtud; la bondad, que atrae los corazones; la *JUSTICIA*, que es el fundamento del equilibrio de la sociedad y de la virtud cardinal que más nos granjea el aprecio de nuestros semejantes; la *GRATITUD*, que es el aliento propio de la bondad; la *DULZURA*, que nos hace amable á los ojos de todos, y, por último, D. Jenaro, la *MODESTIA*, porque el orgullo, su contrario, nos aleja del bien y predispone en contra nuestra los ánimos del prójimo.

Y como no ha de ser este el último ar-

tículo que á D. Jenaro he de dedicar, termino estas líneas exclamando: ¡Por Dios, D. Jenaro! Se ha caído.

PELAYO MATA

NOTICIAS

Entre las carrozas que se presentaron al concurso que el domingo y el martes se celebró en nuestro parque, figuró un lindísimo zapato femenino última moda, en el que iban unos cuantos alegres y desinteresados jóvenes, que no cesaron de decir en alta voz:

—El calzado más elegante y más caprichoso, en el lujosísimo bazar París.

Por nuestra cuenta diremos que en el París se venden botas altas, con las cuales se puede entrar en cualquier vertedero, sin temor á manchar los pies de porquería.

Entre los acontecimientos políticos de esta semana con motivo de los trascendentales actos celebrados en Oviedo, figura el ingreso en las filas melquiadistas de un joven gijonés que goza de la simpatía general.

Nos referimos á nuestro nuevo correccionario Manolito Artasánchez que acató la jefatura del gran orador con una espontaneidad que para sí enviaría alguna pluma torpe.

Nuestro deber era el de enviar una cariñosa felicitación al neófito melquiadista; pero entendemos que á quien tenemos que felicitar es á D. Melquiades Alvarez por contar con un adepto tan valioso como Manolito Artasánchez.

Se nos asegura que el famoso cura de Deva, D. Jenaro López, para formular las preguntas aquellas, tomó antes dos copitas de la imponderable ginebra compuesta que se sirve en la Maison Doré.

Negamos tal aserto, porque la ginebra compuesta, preparada por el dueño de la Maison, no conduce á deslizarse por los caminos de la grosería, de la injuria y de la calumnia; al contrario, ahuyenta toda baja pasión y borra todo odio sectario.

Antes de los carnavales y después de una tranquila agonía, falleció «La Mariposa», melancólica gata que tuvo su hogar en la Casa de Socorro. Fué buena, filósofa y lujuriosa.

Malas lenguas dicen que «La Mariposa» asqueada de ciertos cambios tenía que ver forzosamente, decidió morir.

Otros afirman que á la gata no le fueron simpáticas unas barbas rubias extrañas que vio á comienzos de mes, y no falta quien achaque el fallecimiento á la envidia que le produjo la presencia en aquel establecimiento de una felina negra, vivaracha y mimosa en la que Abilio Laruelo tiene puestas todas sus complacencias.

En el primer caso «La Mariposa» hizo bien, en el segundo la razón estuvo de su parte y en el tercero, el más verosímil, se portó con dignidad por entender que su reinado estaba ya definitivamente concluido.

De todos modos, acompañamos á los deudos de «La Mariposa» en el dolor causado por pérdida tan entrañable.

¡Que la tierra le sea leve, como lo eran aquellas caricias que antes le hacían!

Para andar con pasos seguros, recomendamos á nuestros lectores, se provean de calzado en los acreditados bazares de la Americana, donde por

módico precio pueden adquirir botas, zapatos y borceguíes de lo mejor que hay en el «mundo de la zapatería».

También pueden comprar chanclos de los que existen una buena y variada colección de las mejores marcas conocidas.

Kiosco calle de los Moros

En este Centro de Información, se hacen toda clase de solicitudes para edificaciones, Instalaciones de agua, Licencias de Caza, Usos de armas en general, Proclamas, Permisos al Juzgado para casarse, Traspasos de Contribución de fincas rústicas y urbanas, Altas y Bajas para Comercio ó Industria, Licencias absolutas, Fés de soltería, Pasos de situación, Certificados de libre de Quintas, Idem de buena Conducta. Expedientes de ingreso para el Asilo de San Lázaro, Manicomio, Hospicio y Hospital provincial, Relaciones juradas para familias de jornaleros solicitando billetes á medio precio por la Compañía Ferrocarril del Norte, Reclamaciones por extravío de bultos por Ferrocarril y toda clase de documentos para embarque, según la nueva Ley de emigración. Se hacen toda clases de copias á máquina y á mano.

Joaquín Ferreiró Martínez
JOYERO
Diversidad de caprichosos objetos
EN ORO Y PEDRERÍA
En bandejas, juegos de café, fruteros y centros, gran colección en los estilos Luis XV, Imperio, Barroco y otros.
Especialidad en pulseras de pedida y cubiertos forma inglesa.
8, Moros, 8.-Gijón

Imp. de «El Noroeste».—Gijón

ECONOMATO MARITIMO-TERRESTRE
TIENDA DE ULTRAMARINOS
INSTITUTO (esquina á SAN ANTONIO)
M. VEGA Y COMPANIA

LA ESTRELLA DE GIJON

Fábrica de CERVEZAS, GASEOSAS, HIELO ARTIFICIAL y ÁCIDO CARBÓNICO LÍQUIDO (Químicamente puro)

CLASES DE CERVEZA. C. D. + B. B. (MARIPOSA) + B. (ESPECIAL)

Suardiaz, Bachmaier y Comp.^a (S. C.)

Telegramas: SUARDIAZ

Las de MAYOR PRODUCCION de España

Fábrica: NATAHOYO-GIJÓN

Casa "PARIS" GRAN BAZAR DE CALZADO

51 - CORRIDA - 51

PARIS es la primera casa en novedades.
PARIS es la casa más barata con relación á sus clases.

PARIS. Esta casa no tiene rival.

PARIS. Esta casa no tiene sucursales.

PARIS la única casa en España que importa directamente los calzados Norteamericanos "Brichman Brós Boston".

Casa "PARIS" Manuel Junquera

Depositarío en Asturias de la crema "SERVUS"

INDUSTRIA PAPELERA

FABRICA DE BOLSAS DE PAPEL

para Continerías, Ultramarinos, Droguerías y Farmacias

PAPELES DE EMBALAJE

para todas las Industrias

Libros de Comercio Impresos para toda clase de negocios
Modelos de impresos para casas de Banca Copiadores de cartas, etc.

JOSÉ GONZÁLEZ

Calle de la Salud, 4.-GIJÓN

Se remiten muestras y notas de precios á todas partes

ROYAL EXCHANGE

COMPANÍA INGLESA de SEGUROS contra INCENDIOS

FUNDADA EN 1710

Lloyd Andaluz

Verdad sabida

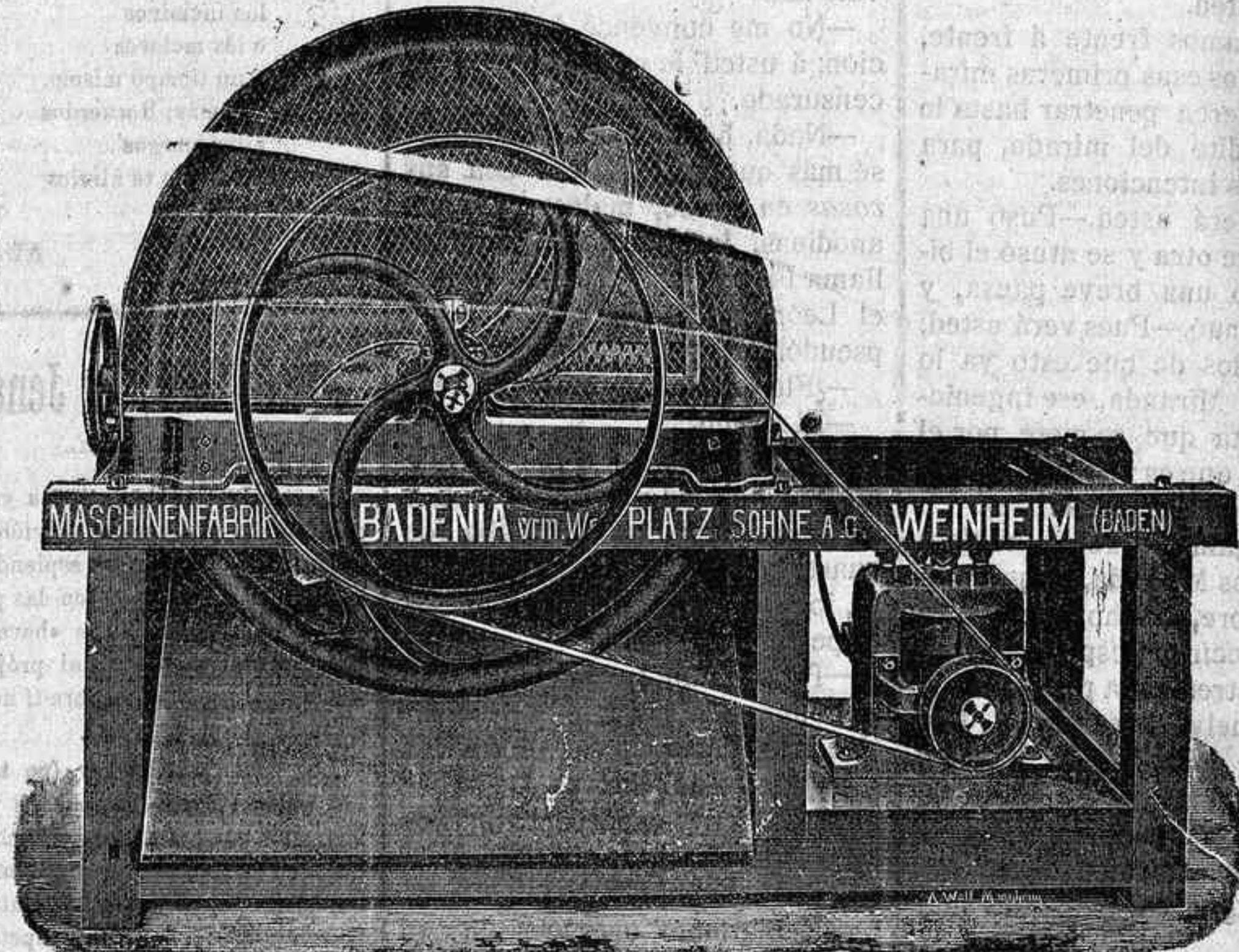
Buena fé guardada

Seguros marítimos

Agentes: E. MARINA Y C.^a

Otto Gerdtzen.-GIJON

Grandes almacenes de maquinaria en general



Marqués de San Esteban, 10 y 12

Máquina para picar la paja movida por un electro-motor.

Máquinas para estrujar manzana

Trilladoras á mano y malacate, etcétra, etcétra.

Grandes existencias

de Cables de acero galvanizado para marina y minas. Correas de transmisión de Cuero, Balata y Pelo de Camello.

Ejes de acero, cojinetes, ménsulas y acoplos para transmisiones.

Tuberías y accesorios de hierro para agua y vapor.

Chapas de hierro galvanizado y de cobre. y todo cuanto á la industria se refiere.

PRESUPUESTOS GRATIS

Otto Gerdtzen Marqués de San Esteban, 10 y 12 GIJÓN

L' Unión

Compañía de Seguros contra Incendios

FUNDADA EN 1828

Capital. Francos: 21.986.000.000
Garantías. » 124.643.570
Siniestros pagado. » 318.000.000

Subdirector en Gijón

Alfredo González

Oficinas: Edificio del "Crédito Industrial", piso 3.º

Centenario de Colón FELIPE PAVES

En este antiguo establecimiento, se sirven diariamente almuerzos y comidas á precios al alcance de todas fortunas.

Los mejores VINOS y LICORES Los Domingos y días festivos PRECIOS EXCEPCIONALES

Tenemos verdadero gusto en recomendar al pública, este elegante establecimiento, por las condiciones y sitio que se halla emplazado, como por su esmerado servicio.

Construcciones METÁLICAS

CONSTRUCTORA GIJONESA

Construcciones de EDIFICIOS

Puentes, Armaduras, Grúas metálicas, Puentes-grúas, Edificios metálicos para talleres y fábricas

Calderería, Calderas de vapor y cocedores. Depósitos de todos tamaños, sobre caballetes de hierro. Depósitos para aceite, alcoholes etc. Bidones y bocoyes de chapa Trabajos de chapa embutida. Soldadura autógena.
Material para Ferrocarriles, Wagones. Traviesas metálicas. Placas giratorias. Vagonetas volquetes de minas. Vías fijas ó portátiles.
Material para Fábricas de Gas, Gasómetros con ó sin cuba metálica. Baultetes. Lavaderos etc. Gasógenos. Aparatos para producción de acetileno. Cerrajería artística. Balcones. Verjas. Lucernas y trabajos de hierro forjado y Chapa repujada.
Piedra artificial, Fachadas de edificios. Jarrones. Balaustradas. Mausoleos etc., etc. Especialidad en tubería para alcantarillas.
Marmol comprimido, Bañeras. Lavabos. Pesebres. Peldaños. Veladores. Baldosas. Arrimaderos.
Cemento, Pavimentos de cemento. Depósito de Portland, Tudela-Veguín y cemento de Zumaya.
Carpintería mecánica, Toda clase de portería corriente y de lujo. Molduras. Guarniciones. Zócalos etc., etc.

LA CONSTRUCTORA GIJONESA - Oficinas y Fábrica: Natahoyo, GIJÓN